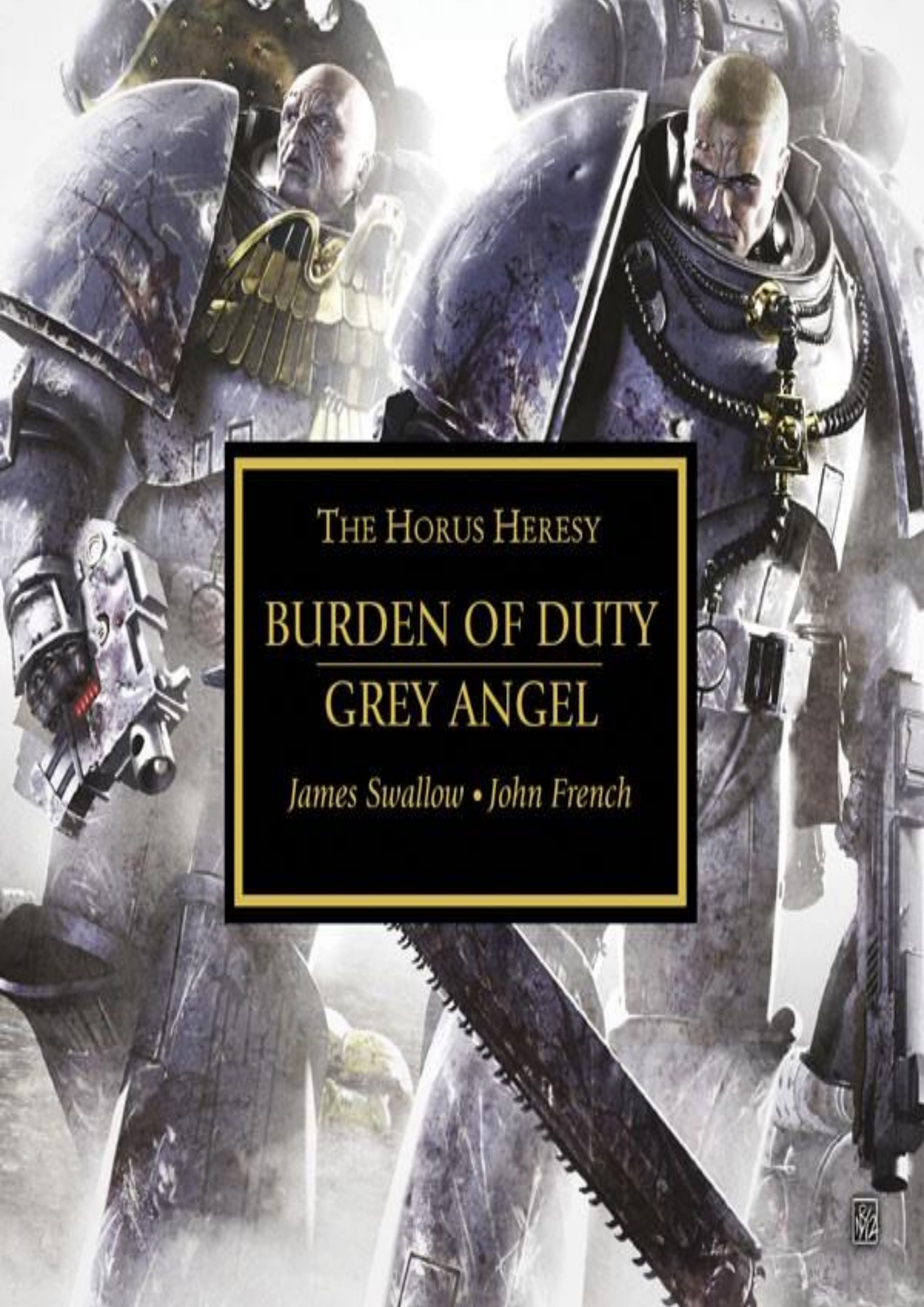

THE HORUS HERESY
BURDEN OF DUTY
GREY ANGEL
James Swallow • John French



LA HEREJÍA DE HORUS

GARRO:

LA CARGA DEL DEBER

JAMES SWALLOW

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Caballero Gris

NATHANIEL GARRO	Primer caballero errante, antiguo Guardia de la Muerte

Primarca

ROGAL DORN	Primarca de los Puños Imperiales

La Legión de los Puños Imperiales

MASSAC	Hermano bibliotecario de los Puños Imperiales

En los cielos sobre Terra las fuerzas del Imperio de la Humanidad se preparaban para la guerra. El mundo natal de la especie humana giraba sobre su eje bajo una niebla de cenizas, su superficie salpicada de colosales centros urbanos y altos complejos. Era un puño cerrado de hierro y piedra, y de él surgían en todas direcciones torres orbitales elevadoras entre las cuales fluía un incesante tráfico de transportes pesados.

El planeta estaba rodeado por un halo de plataformas y estaciones de paso muy diversas en tamaño y complejidad, desperdigadas en baja órbita y en los cúmulos gravitatorios de los puntos de Legrange. Las naves cruzaban entre ellos como motas de mercurio sobre terciopelo negro dejando trazas de la brillante combustión de sus motores.

Una capa de armadura en movimiento perpetuo giraba en torno a Terra. Estructuras tan vastas como continentes la flanqueaban como garras titánicas. Cientos de complejos de baterías armadas, algunos poco más que armas independientes flotantes, apuntaban al vacío como cañones sobre antiguas almenas. Otros eran estaciones de mando y control, emplazamientos de guardia y muelles espaciales erizados de naves de combate de todo tipo y tonelaje, todos ellos reforzados con nuevo armamento. Algunas de las plataformas espaciales eran propiedad de la nobleza terrana, pero incluso esas mansiones privilegiadas habían sido fortificadas: nadie estaba exento del dictado del Emperador.

Terra estaba en pie de guerra, puliendo su cota de malla y afilando sus hojas. Vigilando. Esperando.

Más allá, pasada la órbita de Luna, las líneas de defensa secundarias y terciarias ya estaban situadas en su lugar. Campos de cañones autónomos formaban una tupida red de detección que flotaba en la oscuridad. Asteroides enlazados por descomunales zarcillos más allá del cinturón de Marte formaban los bastiones del Arrecife Ardiente, el inmenso rastrillo de una fortaleza.

Se preparaban para el día que sabían que llegaría, el día en que la flota rebelde de Horus Lupercal invadiría el cielo. El traidor Señor de la Guerra, primero entre sus iguales los primarcas hijos del Emperador, nunca había apartado su mirada de Terra. El planeta era mucho más que el corazón espiritual del Imperio, más que su mundo capital y el punto de origen de la humanidad. Los estrategas pragmáticos

podían decir que para tener éxito una guerra contra el Emperador no necesitaba siquiera alcanzar la luz de Sol. Pero nadie creía que fuera a ser así: Horus vendría. Aquella era la casa de su padre, y si no la quemaba o la reclama para sí, nunca podría proclamar una victoria definitiva.

Eso lo sabía bien el Emperador. Y por eso se estaba preparando. El arquitecto de su fortificación era uno que parecía haber nacido expresamente para tal empresa: Rogal Dorn, el más firme e inquebrantable de los hijos del Emperador, primarca de la VII Legión, los Puños Imperiales. Se decía que Dorn era el mejor defensor en toda la galaxia, y que una fortaleza diseñada por los Puños jamás caería.

Horus pondría a prueba aquella afirmación.

Dorn supervisaba los trabajos de refuerzo desde su nave insignia, la poderosa *Falange*. Del tamaño de una pequeña luna, se veía forzada a mantenerse alejada de los muelles del planeta por temor a que su masa pudiese desplazar las plataformas orbitales más pequeñas. Suspendida como un centinela sobre los trabajos de defensa, la fortaleza estelar era una inmensa obra maestra de oro. Murallas y torres, bóvedas y cúpulas como de catedrales cubrían sus flancos. La *Falange* no era sólo la nave insignia de la VII Legión, sino también su hogar, y contaba con espacio suficiente para albergar a cientos de miles de guerreros y sus correspondientes servidores y tripulación de apoyo en las cubiertas de habitación.
Las líneas de tráfico militar se aproximaban y se alejaban de la fortaleza volante, una compleja danza de naves espaciales que partían y regresaban bajo el mando supremo de Dorn. Y entre ellas, perdida en medio del caos de ecos de auspex e interferencias de radiación, una pequeña cápsula de transporte se acercaba impulsada por motores furtivos.

La nave apenas merecía ese apelativo. No más grande que un *land speeder*, la cápsula transportaba un único pasajero, un rudimentario sistema de dirección y otro de navegación. El espacio restante en el interior del casco antirradar estaba abarrotado de mecanismos de contramedidas de detección de auspex y escudos de reflejo. Naves como esa eran propias de agentes imperiales de operaciones especiales o de los sicarios del Officio Assassinorum. Pero en aquella ocasión, su pasajero era alguien marcadamente diferente.
La cápsula se aproximó al casco exterior de la *Falange*. Sus sistemas autónomos aguardaron hasta el último momento posible para activar los retrorreactores que ralentizaron su avance. Unos arpones magnéticos se extendieron y dieron a la

cápsula el último impulso para acercarla a la compuerta de uno de los hangares. Los protocolos de sigilo que ejecutaron sus cogitadores confundieron a los sensores de aterrizaje y enmascararon aquella llegada inesperada. La ventana de oportunidad era escasa, apenas unos segundos, pero fue suficiente. Desapercibido para los Puños Imperiales, un intruso había abordado su nave, un fantasma a falta de un nombre mejor.

Con su única función completada, la cápsula se separó y flotó a la deriva, hasta confundirse con otros desechos espaciales. Su solitario pasajero se arriesgó a enviar una única comunicación, un breve mensaje emitido a través de un canal altamente encriptado. No habría respuesta, una sola señal podría bastar para que lo detectasen.

—Estoy a bordo. Procedo con la misión.

El guerrero dejó que una larga sombra lo ocultara. La masa de su servoarmadura de un gris espectral se difuminaba en la penumbra. Sobre ella llevaba echada una larga y fina túnica de fibra metálica que le daba un aspecto de figura monástica sacada de una vieja leyenda. Activó un dispositivo oculto en el interior de una de las mangas, y la superficie de la túnica parpadeó. Se convirtió en una silueta cristalina, una forma sólo sugerida, como del vidrio de una ventana empapada por la lluvia. Aquella tecnología era rara y frágil, pero su velo de falsedad podía ocultar incluso a un gigante armado como él a la vista de cualquier observador casual.

Bajo la capucha, Nathaniel Garro hizo un gesto de desaprobación. No estaba conforme con aquel tipo de acciones clandestinas, pero no tenía alternativa: estaba allí por orden directa de Malcador el Sigilita, regente de Terra. El que una vez fuera un capitán de la Guardia de la Muerte hacía tiempo que había realizado el juramento que le había convertido en lo que algunos llamaban un*caballero errante*, uno de los agentes encubiertos de Malcador en medio del caos de una guerra civil galáctica.

Se movió entre la penumbra provocada por las inmensas columnas ornamentales, deslizándose entre cobertura y cobertura, esquivando el curso de las miradas de tripulantes y Puños Imperiales. Garro cruzó el gran salón de las victorias, siguiendo el paseo del jardín de las estatuas que componían la galería de los héroes.

Ya había estado a bordo de la *Falange* una vez antes, pero en circunstancias muy distintas. Entonces había sido un huésped de la VII Legión, rescatado de una muerte segura por el propio Dorn; por ello lamentaba que su vuelta estuviera oculta bajo un velo de secretos.
Los corredores y cámaras de la nave insignia eran un trabajo magnífico de funcional arquitectura marcial. Tapizadas con los estandartes que conmemoraban cientos de miles de victorias, repletas de obras de arte que celebraban a la legión de Dorn y los altos ideales del Imperio, eran una visión gloriosa.

Garro no tenía tiempo de admirarlas. Durante la misión se consideraba a sí mismo en territorio enemigo, y actuaría en consecuencia. La única excepción que se había permitido en su preparación habitual para el combate era que sólo portaba su espada, *Libertas*. Había dejado atrás su bólter, lo que significaba que no derramaría —que intentaría no derramar— sangre en la prosecución de su deber. Pero si lo descubriesen en ese momento… dudaba de que los Puños Imperiales tuviesen con él la misma consideración.
Con cuidado se mantuvo invisible para sus hermanos legionarios, dejando que el manto de falsedad y su entrenamiento lo llevasen pausada y prudentemente a través de las vastas salas de la fortaleza estelar.

El guerrero que era su objetivo se encontraba en lo más profundo de la *Falange*, en las cubiertas inferiores cercanas a los colosales núcleos de plasma, en una cámara conocida solamente como el *seclusium*.

Una inmensa puerta ovalada de titanio azul bordeada por un anillo de dispositivos de clausura se alzaba frente a él. Los ojos de Garro se posaron en el símbolo engastado sobre el cierre de las compuertas, un puño enguantado sobre un disco blanco: el emblema de la VII Legión. El mismo Rogal Dorn había colocado aquel sello cuando la puerta se había cerrado. Si Garro la abría, sería la voluntad del propio primarca la que estaría desafiando.

Dentro de la cámara sellada, entre gruesos muros de negro hierro insonorizado y bajo contramedidas psíquicas de la Edad Oscura de la Tecnología, el primarca de los Puños Imperiales había encarcelado deliberadamente una partida de sus propios hijos. No habían cometido crimen alguno, nada que hubiese deshonrado a sus hermanos. Se trataba de guerreros firmes a los que habían retirado de las líneas de

combate, astartes que habían recibido del padre de su legión la orden de entregar sus armas y abandonar sus puestos. Eran Puños Imperiales, sombríos e inalterables de carácter, y hasta sus últimas consecuencias auténticos hijos de Dorn. Habían aceptado la orden de su primarca sin cuestionarla. La única falta imputable a aquellos legionarios era haber recibido los dones de la disformidad.

Bibliotecarios, codiciarios o epistolarios, eran los hermanos de batalla del Librarium, entrenados para emplear los poderes de su mente como armas. El edicto del Emperador promulgado en Nikaea había acabado con su servicio. La censura de los estudios del primarca hechicero Magnus de los poderes de la disformidad les había negado el uso de sus habilidades. El mandato del Emperador prohibía el uso de los poderes psíquicos en las legiones, y hora los bibliotecarios de Dorn dedicaban sus largos días a la meditación silenciosa, aislados de sus hermanos y pendientes de un futuro incierto.

Garro introdujo la mano en un bolsillo de su cinto, extrayendo el dispositivo que el propio Malcador había depositado en sus manos. El origen de aquel pequeño objeto cristalino le era desconocido, pero no podía rechazar la impresión de que era alienígena. Cuando había expresado al regente de Terra aquella sospecha, Malcador no había respondido: se había limitado a clavar en él aquella mirada suya, fría e imperturbable.

El dispositivo comenzó a rotar, los cierres de la puerta a abrirse en orden rápidamente bajo su influjo. Pero aquella acción no pasó desapercibida.

—En nombre de la legión, deténgase e identifíquese.

Dos hornacinas ocultas giraron para dar salida a sendos servidores de combate ataviados con la librea amarilla de los Puños. Los esclavos-maquinas vacilaron, esforzándose por rastrear al guerrero oculto.

Garro no les dio tiempo a localizarlo. Tampoco les dio tiempo a que diesen la alarma antes de su ataque: con las espinas dorsales cercenadas, las máquinas se desplomaron sobre la cubierta. Dejándolas donde habían caído, Garro se dirigió a la puerta en la que el último de los cilindros se desbloqueaba.

El hermano Massac soñaba. No dormía, puesto que los implantes de las legiones astartes habían acabado con aquella necesidad. Pero soñaba. En el extraño espacio mental de sus meditaciones sus pensamientos se volvían sobre sí mismo y contemplaba su destino. En la oscuridad a veces veía destellos de lo que parecía irreal. Cielos etéreos oscurecidos por naves de guerra, criaturas más allá de lo alienígena. Guerra y monstruos. Guerra, consumiendo como un incendio la galaxia desde los brazos espirales hasta su corazón mismo.

El tiempo había perdido su sentido para el hermano Massac y los demás psíquicos. Aislados del resto de universo, el paso de las semanas en meses y de los meses en años había seguido su curso difuminándose hasta no dejar más que el ahora. Massac estaba dispuesto a esperar todo el tiempo que su primarca deseara, confinado en aquella celda. Ese era su deber.

Cuando el Imperio nos necesite, vendrá. Cuando llegue el momento, Dorn volverá a por nosotros.
Aquellas palabras venían de ninguna parte, pero la convicción que las sustentaba parecía endeble. Ninguno entre los bibliotecarios recluidos había expresado duda alguna acerca de su enclaustramiento, pero un amargo pensamiento se revolvía en lo más profundo de la mente de Massac, amenazando con salir a la superficie.

¿Y si Dorn no volviera?
Un ruido.

La puerta del seclusium*…*
La mente del hermano Massac regresó inmediatamente a la vigilia y acto seguido se puso en pie. Algo se acercaba. Sintió el parpadeo y la desaparición de la presencia de los servidores de combate cuando las tenues llamas de sus mentes se disiparon… y tras ello el sombrío resplandor de otra psique, una oculta bajo duras capas de entrenamiento contratelepático, más allá del alcance de sus pensamientos. Sólo podía tratarse de otro legionario, pero no le era posible saber la identidad del guerrero, no a menos que empleara sus poderes para ahondar más profundamente, lo que sería una violación del Edicto. En lugar de ello, llamó a las armas a un puñado de sus hermanos.

—Algo está ocurriendo. Las puertas no deberían abrirse de repente sin más. Debe de ser algún tipo de ataque.

Massac se giró para encontrarse con una figura gris que en ese momento dejaba caer su manto de falsedad sobre la cubierta. La luz que se filtraba del corredor más allá de la puerta lo rodeaba como un aura, y una espada de energía crepitaba en su mano.

El arma elegida por el bibliotecario había sido un hacha de fuerza de dos afiladas hojas curvadas de metal psicorreactivo. En un instante la estaba blandiendo, mientras sus hermanos empuñaban sus propias espadas y varas de fuerza.

—No luces colores ni emblema alguno, intruso. Dime tu nombre y legión y entrégame tu espada.

—Me temo que no lo haré. Esas hojas en vuestras manos no son más que metal inerte sin el poder de vuestras mentes animándolas.

—Serán suficiente.

—Venid conmigo, y no necesitaremos cruzar nuestras hojas.

—No tienes autoridad sobre nosotros. Ahora, suelta la espada.

—No quiero luchar con vosotros, pero no entregaré mi arma.

—Entonces pagarás por tu transgresión.

Massac y sus hermanos avanzaron hacia el intruso y descargaron una serie de golpes de los que todos y cada uno fueron correspondidos con una parada. El bibliotecario intentaba sopesar al guerrero que tenía frente a sí. Luchaba con una economía de movimientos que delataban la presencia de una pierna artificial, pero aquello no lo ralentizaba. Su espada de energía rechazaba una y otra vez las armas de Massac y lo forzaban a volver a recuperar su guardia. El guerrero sin nombre tenía la cara cargada de cicatrices y endurecida de un veterano y una fuerza asombrosa. Los Puños lo superaban en número, pero él los mantenía a raya con una concentración y una pericia con la hoja sin igual.

Massac apretó los dientes y avanzó mientras sus hermanos intentaban una rápida finta y golpeó, blandiendo el hacha con todas sus fuerzas. Las hojas se trabaron y arrojaron chispas entre ellos. El bibliotecario clavó los ojos en los del intruso, buscando en su expresión algún indicio que le permitiera averiguar por qué estaba allí.

¿Quién eres?
A pesar de su férreo autocontrol, en el cuerpo a cuerpo una pequeña fracción del poder preternatural de Massac se desató y accedió al interior de su oponente. Le devolvió un destello de visión, una breve insinuación del motivo por el que aquel guerrero había violado el *seclusium*. La verdadera naturaleza de sus acciones estaba prácticamente al alcance de su mente…
—Deteneos.

Aquel momento se evaporó cuando una nueva fuerza entró en la cámara, la pétrea y ardiente mente de un señor de la guerra, dura como el granito, irradiando fuego frío, eclipsando todo a su alrededor, un silencioso infierno de voluntad pura.

—Os ordeno que depongáis las armas.

Rogal Dorn anegaba la cámara con su colosal presencia, su aura un eco del puño blindado que lucía en su armadura. Flanqueado por sus *huscarls*, el primarca de los Puños Imperiales arrojó su intensa mirada sobre los psíquicos y estos inmediatamente clavaron una rodilla en el suelo, inclinando sus cabezas. Massac también lo hizo, junto al intruso de servoarmadura gris.
Dorn era un hijo del Emperador, una fortaleza viviente, más invencible e inquebrantable que cualquier construcción de piedra y acero. Pocos poseían el coraje suficiente para sostener su mirada sin titubear, pero para sorpresa de Massac el veterano guerrero lo hizo.

—Bienhallado, lord Dorn.

Algo muy cercano a la sorpresa recorrió fugazmente la faz del señor de Massac.

—Nathaniel Garro. Me preguntaba si nuestros caminos se cruzarían de nuevo. ¿Te envía él?

—Con el respeto debido, mi señor, creo que ya sabéis la respuesta a esa pregunta.

Los ojos de Dorn se estrecharon antes de que hiciera un gesto a uno de sus hombres.

—Llevadlo a mis aposentos. Tendré unas palabras con él.

Massac vio a Garro envainar su espada y salir custodiado de la cámara. Cuando se encontraba bajo el umbral de la puerta del*seclusium* giró la cabeza y asintió hacia

él, como en un gesto de respeto. El bibliotecario se volvió y encontró a su primarca observándolo.
—Vuestro retiro no debería haber sido perturbado. Los responsables serán castigados. Volved a vuestra meditación. La puerta se asegurará una vez más.

Dicho esto el primarca de los Puños Imperiales se dirigió a la puerta.

—Mi señor…

Dorn se detuvo pero no se volvió a mirar a Massac.

—Mi señor, si puedo preguntaros… ¿cómo progresa la Gran Cruzada?

El primarca permaneció en silencio por unos momentos. La pregunta —la auténtica pregunta— quedó en suspenso entre ellos sin necesidad de verbalizarla.

¿Cuándo podremos volver a nuestra legión?
—La situación se ha vuelto muy complicada. Ya no se trata de una cruzada sino de una guerra, una guerra de una demencia brutal y un gran pesar.

—Estamos listos para servir.

—Sé que lo estáis, hijo mío. Sé que lo estáis.

Garro se hallaba en el *sanctorum* del primarca una vez más. La cámara se situaba en una de las altas torres de la*Falange*, permitiendo una vista impresionante de la fortaleza espacial. Aquel blanco espacio oval parecía una arena de combate, y él un prisionero arrojado allí a la espera de su sacrificio.
Notó la presencia a su espalda antes de que hablase.

—¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez que nos encontramos en esta habitación?

—Presencié el final de la *Eisenstein.*
—Después de eso.

Garro se puso tenso. Había sido allí donde había revelado a Dorn por vez primera los hechos de la traición de Horus. Su reacción había sido la de cualquier amante hermano: primero negación, y después ira, lo bastante severa como para que Garro

hubiese temido por su vida. Considerando sus palabras con mucho cuidado, se giró para encarar al primarca.

—Os traje una verdad dura. La carga de mi deber…

—Tal como yo lo recuerdo, me preguntaste si estaba ciego. Y quizá lo estaba. Pero nunca más. Ahora veo todo con claridad. Debo hacerlo, para poder cumplir con mi deber. El Emperador me ha confiado la defensa de Terra y el mando de todos sus ejércitos. Esa es mi carga. Ahora soy Señor de la Guerra en todo salvo en el título.

Dorn se cernió sobre él, sus ojos brillando como esquirlas de pedernal.

—Sé lo que eres, Garro. Sé de los planes de Malcador y sus actividades secretas. Sé que tú y ese viejo lobo de Qruze sois ahora sus agentes. El Sigilita os utiliza para reunir material bélico y reclutar hombres, muchos de ellos psíquicos, por razones todavía sin revelar, y todo ello en aparente desafío de las órdenes del Emperador.

Los pesados guanteletes del primarca se cerraron en puños.

—Pero esta armadura fantasmal que llevas con la marca de Malcador en el hombro… puede que te dé acceso donde desees en todo el Imperio, pero no aquí. La *Falange* pertenece a la VII Legión. No puedes penetrar en mis dominios subrepticiamente y esperar que no haya censura alguna. Me explicarás tus motivos —alzó la mano apuntando con un dedo a Garro—, o esta vez no me contendré cuando te golpee.
—No quiero faltaros al respeto, mi señor, pero no puedo revelar el motivo de mi misión, ni siquiera a vos.

—Me debes la vida, Garro. Fueron los Puños Imperiales los que os rescataron a ti y a tu tripulación del espacio profundo. Estabais a la deriva, enfrentados a una muerte segura, ¿acaso lo has olvidado ya?

—No he olvidado nada, mi señor. Sé bien lo importante que es la deuda que tengo con vos, pero aún así mi deber para con el Sigilita sigue estando por encima.

—¿Qué deber puede exigirte que te introduzcas en mi nave como un ladrón, infrinjas mis órdenes y perturbes a aquellos que deberían haber permanecido aislados? Acabamos de recuperar tu cápsula, Garro. ¿Cómo pensabas escapar? ¿Qué quieres de los bibliotecarios? Me responderás a estas preguntas.

Garro inspiró profundamente, haciendo acopio de todo su valor para desafiar abiertamente al primarca.

—Lamento no poder hacerlo, mi señor.

Por un largo momento Garro temió que Dorn fuese a cumplir con su amenaza y que lo derribaría sobre la cubierta. Pero entonces el primarca se alejó un paso de él, con la furia contenida vibrando a su alrededor.

—No acepto tu negativa. Permanecerás como prisionero a bordo de la *Falange* hasta el momento en que decidas proporcionarme las respuestas que te he exigido. Te quedarás aquí el tiempo que sea necesario, aunque sea en el que las estrellas dejen de arder y se enfríen.
Antes de que uno de sus guardias pudiese escoltar a Garro fuera, las puertas del sanctorum se abrieron.

—Mi señor, perdonad mi intrusión, pero debo hablar con vos.

—Hermano Massac. No os he otorgado permiso para abandonar el *seclusium*. Volved allí inmediatamente.
—Lo haré, pero primero debo suplicaros esta audiencia. El intruso, Garro: sé por qué está aquí.

Dorn abrió los ojos y con aquella mirada pareció fulminar a su hijo.

—Explícate.

—Puedo sentir la verdad que está escondiendo, se arrastra bajo la superficie de sus pensamientos. Con vuestro permiso, puedo revelarla.

Los brazos del primarca se cruzaron sobre su coraza dorada.

—¿Te atreves a sugerir el empleo de poderes psíquicos? Sabes mejor que ningún otro puño imperial que mi padre lo prohibió.

Pero mientras pronunciaba aquellas palabras, Garro pudo apreciar el conflicto en los ojos de Dorn. Incluso sabiendo que estaba obligado por su honor a obedecer el edicto del Emperador, no podía ignorar el valor de los psíquicos como armas en el arsenal de las legiones.

—No puede ocultarme nada, mi señor. Sólo necesito que me permitáis llevar interrogar a Garro, no violaré el Edicto de Nikaea.

—Pero lo harás. Incluso el uso de la más pequeña fracción de poder de la disformidad es una infracción. Abre la puerta a su uso inadecuado, igual que lo usó mi hermano Magnus. No, los Puños Imperiales son leales al Emperador en todo. La decisión de mi padre es la última palabra.

—Si se me permite hablar —intermedió Garro—, quizá pueda ofrecer una solución de compromiso, mi señor.

—Habla. Te escucho.

—La intuición del bibliotecario es fuerte, y está en lo cierto. Vine aquí por él. Revelaré las órdenes de Malcador al hermano Massac y sólo a él. Él sabrá si estoy siendo honesto.

Dorn guardó silencio un momento.

—¿Y si me niego?

Garro suspiró.

—Entonces, mi señor, como habéis dicho, tendréis con mi compañía hasta que las estrellas dejen de arder y se enfríen.

La sala de interrogatorios no era mayor que el interior de un transporte blindado. Las lisas y sobrias paredes de metal ascendían hasta cruzarse con el techo del que pendían varios lúmenes. La sombra de una mancha sobre el suelo delataba el derramamiento de sangre que a veces ocurría allí.

Garro y Massac se encontraban frente a frente en la habitación vacía. El antiguo guardia de la muerte permanecía impasible y firme como una estatua. El puño imperial lo estudiaba, buscando en su cara cualquier cambio microscópico de su expresión que pudiese revelar las autenticas intenciones del guerrero.

—¿Nos están monitorizando?

—No. Ni siquiera el primarca puede oírnos en este lugar. Lo que sea que tengas que decirme quedara sólo entre nosotros dos.

Garro asintió.

—Háblame de los sueños, Massac.

De todas las palabras posibles, el bibliotecario no esperaba oír aquellas. Massac no le había hablado a nadie de las inquietantes imágenes que habían asaltado su mente en la meditación durante las últimas semanas, más frecuentes con cada día que pasaba.

—Yo no sueño.

—Todos lo hacemos, hermano. Quizá no en la manera en que los hombres comunes lo hacen, pero soñamos. Y tú, con tus habilidades, sueñas de una manera bien distinta. No has hablado con nadie de ello, ¿cierto?

—No.

—Y aun así el Sigilita lo sabe. Y yo también.

A Massac lo perturbó saber que sus pensamientos eran accesibles a otros, pero Malcador era conocido como el mayor psíquico vivo de la galaxia, a la sombra sólo del Emperador de la Humanidad, y se decía que cualquier mente era un libro abierto para él.

—He soñado… con los cielos de Terra oscurecidos por un océano negro, un terrible ojo ardiente arrojando su mirada torva desde ellos. Horrores deformes aliados con traidores asediando el planeta. Atrocidades. Criaturas nunca antes vistas en los reinos mortales…

—¿Demonios?

—Esa palabra es bastante ajustada.

—No son meras fantasías, ni engaños de la mente. Son reales.

De manera directa y sin concesiones, Garro habló al bibliotecario de la insurrección que se extendía de la mano de Horus. Le reveló toda la sangrienta verdad, viendo primero incredulidad, después revulsión y por último furia recorriendo la cara del legionario.

—He luchado con esas criaturas, imbuidas en los cuerpos de los muertos. Tus visiones son…

—¿El futuro?

—Uno de los posibles. Lo que has visto es el motivo por el que estoy aquí —Garro dio un paso hacia él en un gesto de cercanía—. El Sigilita me ha enviado para recuperarte. Malcador busca hombres de honor para un cometido que defenderá el Imperio de tales amenazas en los milenios que están por llegar. Te ha elegido, Massac. Te ha elegido para un deber que va más allá de tu lealtad hacia Rogal Dorn y los Puños Imperiales —el guerrero de servoarmadura gris tendió su mano—. Ven conmigo, hermano. Tu reclusión terminará. Se te devolverá tu poder.

El hermano Massac bajó la mirada hasta la mano extendida. Sabía lo que suponía aquella oferta: la oportunidad de acabar con su aislamiento, de ser útil de nuevo, de volver a luchar por el Imperio. Pero negó con la cabeza, apartándose de Garro.

—No. Me niego. Dile al regente de Terra que debo declinar su oferta. Soy un puño imperial, uno de los hijos de Dorn, y sujeto a las órdenes de mi primarca por encima de todo lo demás. No abandonaré mi legión.

—¿Te das cuenta de lo que estás rechazando, Massac? Si no vienes conmigo, lord Dorn te devolverá al aislamiento del *seclusium*. Allí serás un prisionero, un exiliado en mitad de tu propia legión. Quizá no vuelvas a tener una oportunidad de liberarte del Edicto de Nikaea.
—Somos hierro y piedra, señor. Cumplimos con lo que nuestro primarca ordena. No busco ser liberado del mandato del Emperador, ¡lo acepto con los brazos abiertos! Pertenezco a la VII Legión, y nosotros *obedecemos*.
—¿Incluso si la orden es dudosa?

Massac alzó la cabeza, su mirada firme.

—Si es la palabra de Dorn no cabe duda alguna —Massac inspiró profundamente—. Mis visiones… si lo que dices es cierto, Garro, si el Señor de la Guerra nos ha traicionado y ha pactado con monstruos, entonces más que nunca debo permanecer junto a mi primarca y mis hermanos de batalla y afrontar con ellos esta lucha.

—Tal vez eso no sea suficiente para detenerlo.

—¡Tengo… fe… en que lo será!

La respuesta de Massac caló profundamente en el guerrero gris, y tras unos momentos Garro hizo un gesto de aceptación.

—Lo entiendo. Yo también conozco bien la carga del deber. Transmitiré tus palabras a Malcador; no quedará complacido, pero haré que aprecie tu elección.

Garro lo saludó con el símbolo del águila, y se dio la vuelta para abandonar la sala. Massac se mantuvo firme, reflexionando sobre sus palabras.

—Adiós, hermano Massac. Espero tener algún día el honor de luchar a tu lado contra nuestro enemigo.

—Ese día… llegará antes de lo que esperamos.

—Sí, sí que lo hará.

Rogal Dorn lo esperaba en el *sanctorum*, contemplando a través de los amplios ventanales la distante esfera de Terra.
—Un transporte no registrado ha llegado, y luce los colores del regente. Tu salvoconducto de vuelta. Parece que Malcador siempre está vigilando.

—Esa es mi experiencia, sí.

—Tengo derecho a matarte, Garro. Son tiempos de guerra, y en tales circunstancias las actividades en las sombras se tratan de la manera más expeditiva. ¿No basta con que tenga que lidiar con los asesinos y los espías de los traidores? ¿Acaso tengo también que protegerme de mi propio bando?

—Creo que no puedo contestar a eso.

—Por supuesto que no. Eres un leal hijo del Imperio. La cuestión es para quien te da las órdenes. Tu único error es que quizá tu lealtad está en manos erróneas, o siendo erróneamente empleada.

Al final Dorn se dio la vuelta, dirigiendo hacia Garro sus duras facciones.

—No pongáis de nuevo a prueba la tolerancia de los Puños Imperiales. La advertencia es para ti y para Malcador. Déjaselo claro. Podéis retiraros, capitán.

Garro inclinó la cabeza, pero dudo un momento antes de marcharse.

—Lord Dorn, vuestro guerrero Massac… tiene una visión preclara de lo que ha ocurrido fuera de su confinamiento. El y sus hermanos bibliotecarios… llegará el momento en que los necesitéis de nuevo. Debéis confiar en el Sigilita…

—Oigo tu voz pero son las palabras de Malcador. Valoro la visión de Massac más de lo que puedas imaginar. El Sigilita cree que actúo por ignorancia y miedo, pero eso es porque no comprende lo que hago. Los bibliotecarios están precisamente donde deben estar.

—¿Encerrados en una celda en las entrañas de vuestra fortaleza? Marcan el paso del tiempo como hombres condenados a la espera de la ejecución de su sentencia.

—No. Permanecen listos para servir en el corazón de mi legión. Yo elegiré el momento, guardia de la muerte: no tú, no Malcador.

Garro suspiró.

—Les exigís demasiado, mi señor.

Dorn volvió la mirada de nuevo a un punto indefinido en la vastedad del espacio.

—Estos tiempos nos exigen demasiado a todos.

FIN DEL RELATO